



LA NOCHEBUENA DEL MAESTRO

(Impresión de Navidad)

I

¿Quién no recuerda en Madrid la historia del calavera Pepe Alcántara? No cumplidos aún los diez años de su boda con Magdalena Santurbi —¡aquella boda que tanto dió que celebrar á rivisteros y señoras!—ya se había jugado su fortuna y la de su pobre mujer. Ella, por salvarle de la vergüenza y del presidio, fué desmembrando el capital hasta que por concesión forzosa ó por sorpresa fraudulenta vino á perderlo todo, viendo la miseria cernerse sobre las cabecitas rubias de sus cinco niños.

Un día—sin duda aquel en que se consumó la ruina—en las habitaciones del matrimonio, cerradas por dentro, oyéronse fuertes voces, gritos ahogados, comprimidos sollozos; los niños, amedrentados, refugiáronse en la cocina; los cria-

dos, aturdidos, no sabían si callar por respeto, ó acudir por humanidad en amparo de su señora: alguno de ellos declaró después haber oído golpes duros, ruido de muebles derribados como en persecución ó en fuga entre dos personas que luchan; pero ninguno osó forzar la consigna ni acercarse á la puerta. Al fin salió el marido, pálido, descompuesto, pero disimulando la ruda turbación y con el puro entre los dientes; salió, sin duda, para no volver en muchos días, según costumbre. Cada una de aquellas crueles batallas significaba nueva adquisición de fondos para el juego y nueva ausencia del jugador. Esta vez el caudal quedaba agotado; la lucha por aquellas heces de fortuna fué la más dura, la postrera.

Aquella noche, sin que nadie lo advirtiese, Magdalena se encerró en su alcoba con una estufa abarrotada de carbón... Al día siguiente, notada primero su ausencia, después el silencio sepulcral de la cerrada estancia, descerrajóse la puerta, y envuelto en la densa atmósfera mortal se halló su cadáver crispado en los crueles espasmos de la asfixia.

¿Cómo llegó hasta el suicidio la mujer más sinceramente religiosa de Madrid? ¿Por qué negras estepas de desesperación arrastróse aquel alma antes de caer en el horrendo crimen, dejando en tanto desamparo á sus cinco niños?... ¡Tragedia tenebrosa! Nadie, ni aun los más timoratos osaron culparla. Para que cristiana tan perfecta llegase á matarse hubo de perder antes

la razón. Y... ¡se comprende! Aquella madre tiernísima, aquella esposa tan santa tuvo una flaqueza...: ¡estaba enamorada de su marido!

II

Al crimen y á la ruina sucedieron fatal, mecánicamente, el escándalo, la acción judicial, la almoneda desastrosa y la intervención profana de extraños desamorados ó de parientes egoístas. En cuanto á la parte jurídica..., al decoro mismo de la familia, á la propia memoria venerada de la muerta convenía callar, *echar tierra*, tapar las bocas al escándalo, sofocar el crimen, ahogar la tragedia entre blanduras algodónáceas. Porque, al cabo..., ¿contra quién se procedía? ¿Castiga, acaso, la ley á los asesinos morales? Alcántara estuvo sublime de aplomo y disimulación. «¡Nada! ¡Pura desgracia! ¡Imprevisiones de las señoras! ¡La pobre Magdalena sentía tanto el frío!... ¡Yo estaba fuera!... ¡Un negocio urgente!» Y... ¡allí no pasó nada!

Lo perentorio era poner remedio al desastre financiero. Alcántara saldría inmediatamente para América: tenía allí arrimos; abrigaba esperanzas de hacerse pronto una fortuna... ¡Todo por sus hijos, por sus pobres hijos!

Entretanto era forzoso que alguien se encar-

gase de ellos. Pero... ¿quién sería aquel *alguien*? Los abuelos no existían; para tíos ó primos más ó menos remotos..., ¡era mucha carga aquélla! Y no valía decir que sería *provisional* el prohijamiento: sabían todos que Alcántara, con viaje ó sin él, no serviría jamás para nada á sus hijos.

—Si fuesen huérfanos del todo..., sería preferible: entonces nadie se negaría á recogerlos. ¡Pero con ese padre! ¡Cargar uno con tal peso y con tales responsabilidades, para que el muy canalla viva en los garitos!... ¡Vamos, hombre, sería el colmo de las *primadas*!

Así discurrían los parientes, que, como grandísimo esfuerzo, lograron plaza á la mayorcita, á la única niña, en un colegio de huérfanas.

Entretanto Alcántara había desaparecido de la escena, y quedaban los cuatro varoncitos sin asilo ni colocación posible. Al fin, á uno de los tíos ocurriósele lo más lógico: endosárselos á don José, el maestro de primeras letras de los niños, un pobre viejo que vivía de sus lecciones, y apenas si juntaba para engañar el hambre con piltrafas y cubrir el escuálido cuerpo. La proposición fué aprobada por unanimidad...

—¡Justo; don José! ¡Quién mejor! El es *un alma de Dios*; los quiere, los enseñará... ¡Le damos algo, y *Pax Christi*!

Llamóse á la *víctima*; entre elogios y cumplimientos extremadísimos se le hicieron brillantes ofertas—¡jamás cumplidas!—, y sin más preámbulos, se le cargó con las criaturas.

III

Don José—nunca supe su apellido—era un ser atávico: aunque vestía—con capitales variantes—al uso actual, era el dómine de antaño, enjuto y apergaminado de carnes, rasurado de cara, tímido de genio, blandísimo de entrañas, regañón por fórmula, pulcro, atento hasta la impertinencia, urbano y cultiparlante hasta la asfixia, adorador de Torio é Iturzaeta, de Hermosilla y de Raimundo Miguel, entendido en Gramática, mediano latino y pretense retórico, de cuya ciencia gustábasele lucir con énfasis el tecnicismo formidable.

La Retórica, la urbanidad y los chalecos—dignos de competir con los del gran Mariano Fernández—eran los tres mayores flacos de aquel flaquísimo y santo varón de ojos tiernos, mechones blancos, camisas lacias y chalecos de colores gayos, y ¡ay!, nunca limpios ni nuevos.

En el destartelado buhardillón de la calle del Mesón de Paredes donde el célebre don José vivía solo, «todo estaba limpio, amañado, *acoplado*—eran sus palabras—antes de la *irrupción de los bárbaros angelicales*; pero... ¡después! ¡Aquello era un *aduar*, un rancho de bohemios, señores! Aquí planto una cama, allá otra, allí la

cuna del muñeco, acá una percha, delante un lavabo, restos de la opulencia de mis pupilos. Y luego, todos son pingos en medio, botitas rotas, braguillas rasgadas, lloros de hambre, babas en las manos del *preceptor*, insubordinación y desaseo de la *puericia*, y... ¡adiós la *durea mediocritas*—así llamaba á la pobreza ordenada—en que yo vivía!»

Nada á la vez tan cómico y tierno como ver al pobre dómine cuando tras la deslavazada sopa de ajo que ahora sustituía al guisadillo semi-substancioso que antes le servía de cena, consagrábase á dormir al pequeño canturreándole trozos de *zarzuelas cultas*—*Marina*, *El sargento Federico*, *El dominó azul*...—, ó á distraer á los mayorcitos improvisando cuentos y patrañas, mientras con las gafas en la punta de la nariz pegaba botones ó tapaba—á su modo—agujeros y rajas en la maltraída ropita de los huérfanos.

Los enfados de don José eran aún más cómicos: «Vamos á ver, ¿quién me manda á mí esto?, ¡*cielos ingratos!* ¿Los traje yo al mundo? ¿Soy su abuelo..., su pariente siquiera?... *Vánitas vanitatis!* Mientras los deudos ricos los abandonan..., ¡aquí está el *vir bonus*, el *paupérrimo pedagogo* que cargue con ellos! ¡Y lo que rompen, lo que destrozan, *hados adversos!*... ¡Y el culto hombre de la ciencia ha de ocuparse en viles menesteres mujeriegos!... *O tempora, o mores!* ¡Y se habla de progreso, de regeneración!... ¡Anatema!»

IV

Quando llegó la Pascua, y el redoblar jubiloso de los tambores infantiles atronaba los barrios del Madrid goyesco, el pobre don José, más agobiado por el peso de aquel diciembre que por el de los otros setenta que llevaba áuestas, sentía como nunca el frío, el desamparo, la inclemencia de la estación inhospitalaria que hiela la desnudez, exacerba el hambre, desespera á la miseria. Sentía como nunca la flaqueza de sus viejas piernas, la vacuidad de su estómago, la delgadez de sus ropillas raídas; atacábanle vahidos y trasudores congojosos, y sus vidriosos ojuelos tiernos llenábanse de lágrimas ardientes. Era que padecía las consecuencias del largo ayuno forzado, y que sobre hallarse descaecido, exhausto como jamás lo estuvo, sentía frío y hambre *en cinco cuerpos*; porque al pobre dómine le dolía materialmente en las carnes, penetrándole hasta en la medula, el frío de sus cuatro niños, y le corroía el estómago el hambre de aquellos abandonados. Acongojábanle además el desamparo, la ausencia de todo consuelo que padecían sus huérfanos, y llegó á poseerle un mal sentimiento: la pena del ajeno bien. El *vir bonus*, el grave *hombre de la ciencia* sentía envidia, baja y rabiosa envidia, de cada golfillo coloradote que pasaba

engullendo una golosina y aporreando un tosco tambor.

—¡Ni eso, ni eso lograrán los infelices, los hijos de aquella santa; ellos, que la Navidad pasada tenían aún madre, casa, calor, mimos!...

Y el cuitado lloraba, tragándose las lágrimas para que no se viese en tan grave sujeto flaqueza tamaña.

El día de Nochebuena el pobre maestro, recomendando mucho juicio á sus pupilos, salió resuelto á traerles algo con que alegrar la noche solemne. Aun le debían por el barrio algunas lecciones dadas á hijos de gentes pobres, es verdad, pero generosas; además, conocía él á algunas buenas mujeres carniceras y sastras *de lo basto* que guardaban sano afecto y respeto casi reverente al sabio maestro de sus chiquillos. La gente llana es dadivosa hasta la esplendidez si se le hiere la cuerda sensible; ¡y cuando supieran la *familia* que él tenía consigo!...

Revolviendo esperanzas animadoras con señas y memorias de antiguas conocidas en los barrios chulescos, salió el buen dómine, dejándose á los pequeños muy entretenidos en *iluminar* con lápices de colores un pliego de aleluyas.

Nelín, el mayor, era el maestro en aquella *labor delicada*: ¡disponía de dos lápices!, rojo y azul, colores que prodigaba desconsideradamente hasta en los árboles; Polo y Pepito no contaban, respectivamente, sino con un lápiz, amarillo del primero, verde el del segundo, y los empleaban con el más chistoso desacierto; y Riquín

(Enriquín), el pequeño, gozábale en arrugar entre sus manos torpes y gordezuelas, plagadas de sabañones, las obras artísticas de sus hermanos. Así, entre cachetes, risas, lloro y algazara, acabó pronto la tarea de los iluminadores, y el embardunado pliego voló en mil añicos y rebujos por todo el ámbito de la buhardilla dominesca. ¿Qué hacer ahora? Allí no había niños con quienes jugar, ni gatos, ni perros, ni pájaros con que entretenerse, ni juguetes, ni sitio en que correr, ni aun ventanas por donde ver la calle ó el cielo—dos tragaluces junto al techo por toda abertura—; y, sin embargo, de vez en cuando oíase el redoblar de los tambores callejeros.

—¡Los tambores, los tambores!—gritó Polo—. ¿Queréis que bajemos?

—¿Para qué?—observó Nelín, el reflexivo—. ¡Nosotros no tenemos ninguno!

—Pó mámonos á Santa Cruz—insinuó Pepito—. ¡Hay pastores, *cabitas*, nacimientos!

—Y el dinero, ¡bobo!, ¿quién lo tiene?—advirtió el mayor.

—¡Mamá *pompaba* duse, muchas tosas!...—pujó Pepito haciendo pucheros.

—¡Mamá!..., ¡mamá!—suspiró el grande.

—¿Pó qué no *mene*?—preguntó con ignorancia divina Riquín.

—¿Vamos á verla?—propuso con súbito arranque el mayor, que se había puesto triste.

—¡Vamos, vamos!—gritaron todos; y Riquín batía palmas, casi sin comprender por qué se alegraba.

—Yo sé dónde está; un día me llevó don José: allá en San Isidro, cerca de un ángel negro que tiene las alas muy abiertas.

Mientras hablaba, Nelín vestía á sus hermanos los gabanes y les alcanzaba las gorrillas marineras.

V

Quando llegaron los niños, el cementerio yacía en quietud y soledad imponentes; caía la tarde, y una bruma azulada esfumaba primero los contornos de los términos remotos, después los de los más cercanos... Nelín encontró pronto la sepultura: una nueva, cubierta con losa blanca, último don que la familia consagró á Magdalena.

Siguiendo las letras con los tiernos deditos, leyeron los niños aquel nombre. Nelín, con voz temblorosa, rezó un padrenuestro, que los demás contestaron á coro... Una tristeza inmensa se desprendía de aquel abrazo mudo del crepúsculo con la muerte...

El pequeño, más asido aún á la vida de la Naturaleza, tradujo con divina inconsciencia el sentir de todos: pegó los labios de húmeda rosa al mármol frío de la lápida, besó con hambre de caricias—¡también de ellas viven los niños!—, y con voz desconsolada gritó:

—¡Mamá, mamá!..., ¿pó qué no menes?

Y prorrumpió en llanto desgarrador.

El grave Nelín, el despierto Pepito y Polo el audaz rompieron también á llorar con todas las fuerzas de su ser; lloraba en ellos el hambre, el frío, el abandono, el ansia defraudada de pan, de trajes, de juguetes, de alegrías, de calor humano, de besos maternales...

Por el horizonte, donde el cielo toca á la tierra, una faja amarotada se extendía, desliéndose en una zona de tenues vapores luminosos.

Con la espuerta á rastras, la azada al hombro y el pitillo pegado al labio inferior, pasó junto á los niños un sepulturero cantando con desgarro que en aquel lugar sonaba á blasfemia, y acaso era también miedo como el de los niños:

«La tarántula é un bicho mú malo...»

Al oír el llanto de las criaturas el sepulturero se detuvo, y enterado del largo camino que tenían que hacer hasta la buhardilla del maestro, rasgóse la cabeza y barbotó rudamente:

—¡Troncho, qué tropa! ¿Quién vus dejó venir solos y á esta hora? ¡Rayo! ¡Pus sus acompaño, centella! Y á ti te llevo en coche—dijo al chiquitín. Y le acomodó en la espuerta, llevándosele á rastras con unas cuerdas de descolgar ataúdes, mientras los otros le seguían entre agradecidos y asustados. ¡Ay, si la muerta hubiese abierto los ojos!

Pero... ¡bajo la losa helada los huesos de la

suicida revivieron, sin duda, al calor del beso del pequeñuelo, del llanto de aquellas almitas de su alma!...

A la misma hora y en célebre garito de la villa, donde era noche desde temprano, Pepe Alcántara jugaba y ganaba.

VI

Entretanto por las calles de Madrid sonaba alegre estrépito de panderetas y tambores, gritos de niños, guitarreo, *manubrios*, pregones bulliciosos. En las casas de los felices hervía la codiciada cena suculenta, la más saboreada, apetecida y festejada del año, la que junta en fiesta de cariño á la familia, la que estrecha las amistades y consagra los amores.

También don José volvía contento á su zaquizamí: llevaba para sus niños una empanada y no pocas golosinas, regalo de las generosas clientes; además, con los *cuantiosos donativos* hizo unas compras en Santa Cruz: dos tambores, una pandereta, una zambomba y un puñado de figurillas de barro, unos fementidos *Reyes Magos* y varios pastores, que por *lisiados* le dieron casi de balde. ¡Una fiesta para sus huerfanitos!

Con aquel tesoro entre las manos volvía el maestro dichoso á su desván; aleteo de querubi-

nes halagaba sus oídos; resplandores de gloria encendían sus ojuelos turbios por la vejez; músicas del Cielo sonaban en su alma... Allí, en aquellos papeles grasientos, en aquellos toscos muñecos de barro llevaba un pedazo de gloria tangible: ¡alegría para sus niños!...

.....
 ¡Quizás para el pobre dómine andrajoso, para el ignorante maestruco de hongo mugriento y pantalones desflecados, era el goce más excelso de la sagrada noche de diciembre! ¡Quizás para él cantaban con voces más jucundas los ángeles que adoraban al recién nacido del establo!

¡En el corazón del vejete nacía el Niño Redentor más radiante que en el alma de los poderosos y en los retablos de las catedrales espléndidas! ¡Allí posaba el Dios Amor, que salvó al mundo y que por los mismos caminos de misericordia le salvará otra vez de las tormentas sociales!



EL ESCAPULARIO

A Francisco P. Villegas
 (Zeda).

I

En el New-Bar, envueltos en la pesada atmósfera que formaban el humo de los cigarros y el denso vaho de tanto hombre hacinado en espacio tan estrecho, tumbados en el hondo diván de calvo terciopelo rojo, entre sorbo de *whisky* y chupada de veguero, contóme Castro-Yermo —ya sabéis, *Don Juan decadente*— esta mansa tragedia, en respuesta á una pregunta mía.

—¿...?

—¿Que si sé de las Fondueñas? ¡Y tanto, hombre! Y como tú despuntas de novelista psicólogo, curioso de vida humana y demás eufemismos con que decoráis el ansia de saber vidas ajenas...

—¡...!

—¡Bueno, chico; enterado! Pero ¡una súplica! Ni te me sinceres, ni me corrijas los *voquiblos*, porque... ¡me largo, y te quedas *in albis*! Déjame hablarte á mi modo: con galicismos, barbarismos y cuantos *ismos* me salgan de adentro. No en balde vive uno media vida por esos mundos. ¡Yo soy cosmopolita, y hablo en mi *argot*!... Pues las Fondueñas..., ¿hace mucho que no las ves?... ¡El acabóse! Yo, en medio de mi egoísmo y mi *débacle* moral, tengo *mon faible*, tengo mis blanduras afectivas allá dentro... ¡Soy muy de los míos! Y... compadezco enormemente (con erre francesa: es su muletilla), *enogmemente*, á los que descienden desde muy arriba. Es algo trágico, grande, como caída de dioses ó derrumbamiento de ángeles rebeldes... Es caída con orgullo y rebeldía, sí; con la sonrisa en los labios y la frente muy levantada, hasta retadora y despreciativa de los que quedan en lo alto. ¡Hay que ver lo que son esas caídas! ¡Hay que probar lo que son esos martirios del descender cara al abismo ó... al fango! Yo me pongo en los casos, chico, me «sustituyo» al que baja..., y, ¡horror!, ¡lo comprendo todo, lo disculpo todo! Nosotros, los que hemos vivido la vida, la *Haute*, y no fuimos destetados con garbanzos y bazofia..., ¿cómo decirlo?, somos de otra naturaleza, de otra pasta que los fáciles burgueses, para quienes la miseria no es todavía el comer patatas, sino el carecer de ellas. ¡Horror! ¡Patatas, judías de esas tabernarias!... ¡Antes un tiro, hombre! ¡Eso es abyecto, infamante! ¿Tú ves á una Vivar de Castilla, á

una nieta de príncipes, educada en Londres, harta de todos los refinamientos y opulencias, fregarse los platos ó comer judías con chorizo? ¡No podía ser! ¡Antes la muerte, y antes... todo! ¡Y, en efecto!... ¡Da pena, lo que se dice pena, ver á aquella gran dama prestigiosa, imponente de arrogancia, lidiar esa batalla dura con la ruina degradante; entenderse con gentes *enogmemente* groseras; agotar el ingenio de un novelista y el de una actriz juntos en inventar y representar las más estupendas farsas para disputar á las garras de usureros, corredoras de alhajas y abastecedores de todo condumio é indumentaria los últimos pingajos de una ilustrísima casa semi-rrégia! Ya sabrás que desde el año pasado viven las Fondueñas en un buhardillón del barrio de Salamanca, adonde han amontonado, mutilándolo, el resto de aquel mobiliario *feerique*. ¡Un horror! Las camas sin dosel, los espejos sin cope, los retratos serrados á la altura de los escudos, las vitrinas vacías, los brocateles *en lam-beaux*... Todo hacinado, deshecho... ¡*La fin du fin*! Y en medio de aquel desastre de una egregia casa, aquella mujer, augusta todavía como una diosa, erguida como una Minerva antigua entre un montón de ruinas históricas. Augusta, pero demoníaca á un tiempo. ¡Aquello era horrible, trágico! Verás; llegué á mala hora: en la antesala, en el banco de roble escusonado, había un tiacho animal con cara de dogo y expresión insolente, que decía clarito: «¡Tantos blasones y tanta trampa! ¡Pues aquí el amo soy yo, y no me nuevo

hasta que saque tajada!» Me miró hasta con burla en los ojos, y siguió despatarrado en el banco y escupiéndome en el tapiz el muy indecente. Yo adiviné la situación—¡estaba tan iniciado!—. La pobre *Fanny*—ya lo sabrás—, empeño sobre empeño, pignoración sobre pignoración, y..., al fin, el último plazo, el nudo corredizo del cual tenía el cabo el bestia aquel que escupía en la antea; y en aquel nudo se la veía á la infeliz ahogarse, sofocada, asfixiada por momentos. Y... ¡mira, hombre; aun estaba hermosa! ¿Hermosa? *C'est n'est pas le mot*; era lo que dije antes: angusta y satánica á un tiempo. Altiva, dominadora, egregia, como si bajase de un trono después de abdicar por soberbia una corona... ¡Es mucho esto de las razas! ¡Las hay; vaya si las hay! ¿No existe el «atavismo», la «herencia fisiológica»? ¡Pues las mujeres de estirpe están hechas de orgullo secular, de seculares selecciones! Llevan en la sangre hierro heroico, polvo del hierro de las armaduras de su gente luchadora; llevan en el alma levadura de altiveces ancestrales; guardan en la carne irisaciones de pedrería opulenta, destellos diamantinos, oriente de perlas que esplendieron sobre la carne de cien abuelas ilustres.

—¡...!

—¡No, gracias, hombre; uno habla bien de lo que bien siente! El caso es—abatiendo el estilo—que *Fanny* estaba angusta y trágica y demoníaca y nerviosa; que la mujer pasaba «las de Caín», quizás el peor rato de su vida, y que como se

educó en Inglaterra y es una *sportswoman*, y brava y altiva hasta el delirio, no quería que yo trasluciera su angustia. Me recibió porque al abrirse la puerta la vi altercando con el ogro aquel, y no intentó negarse, ni pudo. Pero no queriendo arriar delante de mí el pabellón—es decir, arriarlo del todo; que bien sabía ella que no podía ocultárseme su posición—, y como somos viejos amigos, y entre nosotros hubo siempre cierta *camaraderie* de buen gusto entre gentes que han hecho mucha vida de *sport*, apeló á un recurso muy suyo: plantó en una mesilla de laca un par de copitas blasonadas, escancié *chartreuse* y... ¡soltó la lengua, con aquella gracia insolente de *causeuse* mundana y «única» que la hizo célebre en toda Europa! Sin embargo..., yo sufría viéndola padecer bajo su máscara olímpica. Entre borbotones de maledicencia espiritosa, subíale de las entrañas una ola acerba; exhalaba á despecho un suspiro ahogado, «mordido» por la rabia antes de nacer; y... escanciaba otra y otra copa de *chartreuse*. «¿Y tu hija?», le pregunté en una de sus pausas. «Por ahí, con la *miss*, de flaneo.» Pero mi pregunta la hirió como un puñal. ¿Por qué?... Bebía y hablaba locamente. Yo gozaba y padecía lo indecible; percibía, aspiraba en aquella casa el drama, la tragedia mansa, escondida, amordazada. *Fanny*, en su sillón de asombrosa talla gótica, enhiesto el busto gentilísimo entre almohadones rojo y oro, rodeada de despojos de grandeza, vibrante de inquietud, asfixiada de angustia, sublime de audacia y do-

minio propio, estaba terrible y admirable; daba frío, entusiasmo y horror el verla; ¡créeme!

II

Y llegó Beatriz, en su *toilette* sastre, oscura, elegantísima, con su talle *élancé*, sus bucles de oro, su colorido de *Madonna*... Venía angustiada, *essoufflé*, palidísima, ideal. Antes de entrar llamó á su madre; hablaron corto, rápido, en el gabinete. *Fanny* parecía ocultar un papel en la mano derecha cuando cruzó apresuradamente hacia la antesala. *Bice*—como yo la llamo desde niña—vino á hacerme la visita. Tú sabes que soy algo tío suyo; tú sabes lo que yo he querido á esa criatura desde que era un *bebé de biscuit*; y... no extrañarás que la trate como á una hija. ¡Figúrate lo que pasaría por mí al verla llegar á mi lado deshecha, muerta! ¡Vamos, que no era ella! La pobre niña no sabía dominar su emoción; una emoción enorme, suprema: estaba demudada.

—*Bice*, chiquita mía!... ¿Qué tienes? Cuéntame todo, como cuando niña.

—¡Nada, *titi Carol*!—me llamaba así desde que no sabía decir tío Ricardo. Y rompió á llorar con verdadera congoja. Yo la cuidé, la consolé, la mimé como á un niño afligido.

—¡Vamos!—le dije al fin, pegando mis labios á su orejita de rosa—. ¡Lo sé todo, *Bice* mía! Pero quizás hallaremos remedio á lo irremediable. ¿Lo es ya del todo? ¡Confíesámelo!

—Pero... ¡adivinas!—suspiró en mi oído.

—¡Absolutamente todo! ¡Pobre ángel mío! ¡Tú, tú!... ¡Qué dolor!

—¡No; la Virgen me ha salvado! ¡Espera!—Se puso de pie, se asomó al fondo de la antesala, hacia el despacho.—Mamá escribe y habla; ¡tiene para largo! Oye... ¡y ampárame tú, *titi Carol*!

Y se abrazó á mí deshecha en lágrimas.

—¡Por amparada, niña de mi vida; descansa en mí!

Y ya serena, á medias, entre sollozos y rubores, con más suspiros y miradas de angustia que palabras, me dejó adivinar la cruel, la odiosa historia. Su madre—«¡pobre mamá!»—nada sabía. Entre la venal inglesa y una corredora de alhajas prepararon la emboscada infame. Su madre sólo le había dicho:

—«Hoy es el día fatal del último plazo; yo no podré salir; vendrá «ese hombre»; haz que *Nati*—la corredora—me preste la suma perentoria; dale á cuenta este postrer brillante; llora, suplica, agótalo todo... Si vuelves sin el dinero..., ¡iré á la cárcel! Y antes que eso..., ¡me pego un tiro!» ¡Y lo hacía; ya conoces á mamá!—sollozaba la pobre niña—. Adivina lo que te callo—siguió—. Fué como en los sueños... Cosas que uno hace y no hace... Cosas que se ven y no se ven... ¿Era yo la misma que entró en aquel horrible cuar-

to?... Apareció un hombre: era un señor respetable, distinguido..., como tú; me acordé de ti. Quise pedirle piedad, y... ¡me sentí desfallecer!... Dos manos frías, delgadísimas, que oían, como las tuyas, á tabaco y á vainilla, me desabrocharon el cuello del traje... Me alcé indignada, ahogada en rubor y en angustia... ¡Me desplomé como muerta! De pronto sentí que el cuerpo grande de aquel hombre caía de rodillas á mi lado. Sobre mi pecho, entre los encajes de mi ropa interior, había descubierto este escapulario de la Concepción: ¡míralo!—*Bice* lo extrajo púdicamente y me lo enseñó llorando.—Aquel señor tenía una hija como yo, que llevaba al pecho un escapulario igual; era irlandés, católico, y me dijo, temblándole la voz: «¡Perdone usted, hija mía, que le ofrezca este pequeño don! ¡Somos humanos; mañana pudiera yo necesitar el auxilio de usted! Yo la respeto como á mi hija, y... ¡adiós para siempre!» Me besó en la frente, como me besaba papá, y... se fué llorando. ¡Créelo!

—¡Vaya si lo creía! Pues sí, con ser quien soy, ¡yo mismo...!

Castro-Yermo tosió fuerte, se puso muy rojo, y apuró la copa de *whisky*.



INDEFENSA

I

La casa solariega de los condes de Soto-Encinas era modelo de viviendas cristianas, señoriales y felices; y para que nada faltase de cuanto puede agradar á la infancia, tenía yo allí niñas de mi edad con quienes jugar, y había para ello amplio jardín, extensos patios, alegrísimas azoteas, y, sobre todo, una prodigiosa casa de muñecas, provista del mobiliario más selecto que tuvo nunca aristocrática familia de *biscuit*, con sus correspondientes criados de barro.

Y, sin embargo, la sola idea de que mis padres me llevaran allá producíame indecible susto, verdadero terror.

¿De dónde procedía aquel miedo pueril? ¿Qué monstruos ni qué vestiglos veía yo en vivienda tan hidalga y apacible?

Lejos de los suyos, acurrucada en oscuro rincón de la gran sala de recibo, desigualmente alumbrada por enormes lámparas de petróleo, apartada del amor de la lumbre y del de las gentes, permanecía siempre inmóvil, encogida y arrebuada en felpudo mantón, la *tía Chucha*, como la llamaban los niños; el ogro, el monstruo, el hazmerreir de todos, la grotesca Mari-Barbola de aquel noble cuadro de familia; pero una Mari-Barbola esquelética, siniestra, casi trágica. Bajo su piel marchita y amarilla podían contársele los huesos y las venas; y de puro doblada y encogida, como bajo peso imaginario ó terror apocalíptico, parecía jorobada ó contrahecha. En aquel rostro árido, disecado, muerto, sólo los ojos vivían; pero éstos miraban de soslayo, ó centelleaban con súbito relámpago felino que sobrecogía como el fugitivo esplendor del rayo.

—¡Allí está—solía decir Carmela, la niña mayor de Soto-Encinas, á quien llamábamos la condesita—, allí está agazapada y en acecho esa fiera! ¿Veis? ¿Veis? ¡Enseña los dientes! Si pudiera, nos mordería, como una vez mordió á la pobre mamá en una mano.

En efecto; el ogro contraía los delgados labios con movimiento que parecía sólo instintivo y animal, verdaderamente canino, mostrando dos filas de apretados y blanquísimos dientes.

—¿Vamos á pellizcarla?—insinuaba Leonorita, la pequeña, con esa alegría fisiológica que suelen poner los niños en el mal.

—¡No, no!—gritaba yo, tan horrorizada ante el atentado como ante los ojos y los dientes de la *tía Chucha*; y á veces lograba apartar de allí á los inocentes verdugos, y apartarme con ellos de la imponente víctima.

Pero un día la condesita, ayudada de la traviesa Leonor, consiguió realizar una de sus más valientes proezas: mientras el diablejo sujetaba la mano derecha de la tonta, Carmela, denodadamente, hundióla en el brazo un alfiler de acero. El monstruo lanzó un alarido prolongado y salvaje, y con la mano izquierda rechazó con tal impetu á su agresora, que la derribó de espaldas contra un sillón de roble.

Aun no se había levantado la niña, cuando, rápido como una exhalación, acudió el conde, que desde el grupo que formaban su familia y la mía presenció la escena, y alzando la diestra, descargóla brutalmente sobre la mejilla de la imbecil, que rodó á tierra perdido el conocimiento.

Aquella maltratada, miserable y escarnecida criatura era no menos que doña Jesusa Alfonso de Mansilla Gómez de Grijalba y Carrillo de Albornoz, hermana del ilustre conde de Soto-Encinas.

II

Poco tiempo después de aquel triste episodio sobrevino á nuestros amigos una desgracia: la

condesita, Carmela, enfermó gravemente. El mal empezó por unas fiebres gástricas que degeneraron en tifoideas, con insidiosa tendencia á la congestión cerebral y grave peligro de meningitis.

Aquella casa no parecía la misma: toda ella era sombra, estupor y hondísimo silencio. Habíanse quitado los timbres, y los criados, escalonados desde la puerta de la calle, ejercían de timbres mudos, supliendo con señas y movimientos el sonido. La condesa no se apartaba de la cabecera de su hija, y sólo el conde salía algunas veces á pedir hielo, caldo ó jerez, ó á mirar junto á un balcón el termómetro que delataba la altísima fiebre de la paciente; y cuando la luz le daba de lleno, asustaba su palidez y la cruel mudanza de toda su persona. ¡Como que la condesita era el delirio y la gloria de aquellos padres!

En la aristocrática morada, antes tan bien regida y apacible, no había ya orden ni concierto, ni horas de sueño, de comidas ni de reposo; los días y las noches todo era igual: una agonía prolongada, una agitación sin respiro. Los santos de la capilla habían sido llevados á la alcoba de la enferma, el salón convirtiéndose en dormitorio de las niñas, á quienes tenían aisladas de su hermanita, y el comedor servía de botiquín. Pero con ser tan radical el trastorno de la casa, aun había en ella una transformación más sorprendente.

Chucha, la imbécil, la Mari-Barbola, el ogro, la *Ceneréntola*, el hazmerreir, habíase metamorfoseado en persona.

Roto en aquellos días anormales el duro asedio de vigilancia, menosprecio y malos tratos que todos le tenían puesto, la mísera esclava, aliviada de la brutal servidumbre, respiró; la triste psiquis batió por primera vez en el aire libre las tenues alas de luz. Y, ¡oh magnanimidad!, toda la vida afectiva de la pobre sierva, al desatarse con el ímpetu del agua represada, entregóse abnegadamente á sus propios agresores. Aquel mirar hosco y asustadizo como de res acosada, aquellos súbitos relámpagos de indignación mal reprimida, el silencio hostil henchido de protestas, la convulsa contracción de los labios mostrando los blancos dientes como por instinto carnívoros, el servil enarcamiento de la espalda como bajo el látigo del cómitre, todas las contracciones de la tortura que deforman, embrutecen y degradan á los seres sin albedrío, cesaron al aflojarse las cuerdas del potro de tormento en que tenían los suyos á aquella indefensa criatura, inteligente y buena.

Tan buena, que para ella no había más vida ni más esperanza que el alivio de la condesita, de su Carmela, de su niña, como decía llorando á cuantos la contemplaban tan asombrados de su transformación como de su generosidad, al recordar que muy pocos días antes aquella niña suya habíase gozado en hundir un alfiler de acero en las carnes de la víctima.

¡Y qué tesoros de previsión, de actividad, de inteligencia y de cariño derrochó en aquellos días la sinventura! Pero... estaban los condes

tan absortos en su dolor, tan pendientes de las palpitaciones de su hija, que ni se percataron de la metamorfosis de la tonta.

Un día, cuando, después de terrible crisis que parecía mortal, la enferma, de pronto despejada, abrió los ojos y los fijó débilmente en sus padres, la mísera Jesusa, loca de gozo con la noticia del rápido alivio, que circuló como corriente eléctrica por la casa, entró en la alcoba sin ser vista, y furtiva, apasionadamente acercóse á la cama y clavó sus ojos, ávidos de amor, en los ojos de la enfermita.

—¡El ogro..., el ogro!—murmuró la niña en la vaga indiferencia de los enfermos graves.

—¡Hija de mi alma, me ha conocido!—gritó la pobre tonta con candorosa espontaneidad; y rompió á llorar con todas las lágrimas que la dura servidumbre había destilado año tras año en su alma.

El conde, sorprendido, levantó la cabeza, y por primera vez en su vida, mirando á su hermana, se le enrojecieron los ojos, y lentamente se le bañaron en llanto.

III

Fué como un despertar de pesadilla en día de claro sol. Tras de aquella crisis vino crepuscular alivio, después franca mejoría, y al cabo la

dulce convalecencia, toda efusiones, besos, norabuenas, plegarias de gratitud, lágrimas de gozo, renuevo de venturas. Las niñas, cohibidas y amedrentadas durante la gravedad, volvían á sus cantos y risas; los criados, á las diarias faenas; los timbres tornaban á repicar alegres, los balcones se abrían de par en par, y la luz, el aire, el ruido, la vida tumultuosa y vibrante posesionábase otra vez de aquella casa, que toda ella parecía desentumecerse y recobrase, como quien despierta ó resucita.

Todo había reanudado su movimiento, su marcha, su vida de siempre; todo, obedeciendo á la tiránica ley de la inercia, que así rige el mundo psíquico como el fisiológico y el puramente físico, buscaba su antiguo nivel, recobraba su perdido equilibrio; y todos, atados á la rutina, empujados por la propia flaqueza ó querenciosos de la vieja costumbre, tornaban á su posición primitiva; y al encajarse de nuevo la máquina en sus propios ejes, al engranarse unas con otras sus dentadas ruedas, tornaba á funcionar con igual potencia y en el mismo sentido que siempre, y continuaba oprimiendo como siempre entre sus férreos músculos, y laacerando, triturando entre sus afilados dientes á la pobre masa blanda y pasiva, á la víctima predestinada é indefensa.

.....
¡Asusta pensar el sinnúmero de seres buenos que aplastan en su bárbaro funcionar las fuerzas ciegas del egoísmo, la costumbre y los prejuicios invencibles!